


Las fregatrices roncaban, sino con la felicidad del justo, al menos con el sopor del anisete y las satisfacciones de una cena exótica.

Aquellos ronquidos, compasados unos, estrepitosos otros, guturales algunos, se mezclaban en una especie de coro de ranas, con respiraciones estertorosas y frotamientos de paja. Aquella era la región del sueño, el reino de Morfeo. ¡Qué mucho que Saldaña agregara al coro aquel, por su propia cuenta, un bostezo descomunal, bostezo de cuarenta y ocho horas de vigilia, y antes de que tuviera lugar de persuadirse de que ya no lo llamaban, se quedó dormido!

El baile se había acabado por su propia virtud: la concurrencia se había ido saliendo sin despedida.

Bartolita se fué á acostar, y Matilde y su papá apagaron las velas.



CAPÍTULO IX

Conclusión

A poco amanecía.

La luz de la mañana venía con sus rayos azulados y limpios á poner en evidencia aquel lecho de placer de donde acababan de huir las bestias humanas.

Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera

limpia y diáfana de la aurora. Una luz color de rosa parecía asomarse por los pretiles de la azotea para ir á curiosear lo que había quedado en aquel comedor ó campo de Agramante, filtrándose como podía por entre las macetas y las cortinas, iba á pintar filetitos azulosos en el borde de las copas y á lo largo de las mamaderas de los candelabros, cuyas velas habían dejado un arrecife de estearina sobre los manteles. La alfombra estaba impregnada en vino y sembrada de tiestos de vidrio; había queso de Gruyère sobre las sillas, debajo de la mesa, dentro las copas y sobre los sombreros; los pasteles pisados habían acabado de cubrir las flores que le quedaban visibles á la alfombra. La mesa presentaba todas las huellas de la batalla, porque más eran las copas y botellas volcadas y rotas que las que habían quedado en pie.

El queso de Gruyère seguía diseminado en la sala, sobre los sillones, en

la moldura de los cuadros, en los albor-
tantes de los candelabros, sobre las
columnas de yeso, en las escupideras, y
en el suelo. No había un solo resquicio
plano que no estuviera ocupado por
una copa á medio vaciar, por un pastel
ó por un pedazo de queso. Es que se les
había dado á aquellas gentes más de lo
que querían y más de lo que podían
consumir, y cada cual se encontró al-
guna vez con algo en la mano que le
salía sobrando.

Mientras los concurrentes hacen en
sus casas los comentarios del baile, y de
los cuales hacemos gracia al benévolo
lector, oigamos las impresiones de En-
rique, el apasionado de Leonor Ma-
chuca.

Como de costumbre concurrió, puesto
que era domingo en la tarde, al paseo
en donde no tardó en encontrar á Jimé-
nez y á su amigo.

—¿Qué tal, Enrique, ha dormido usted
la desvelada? le preguntó Jiménez.

—No he pegado los ojos. No he dormido desde antes de ayer.

—Buen síntoma, estará usted en grande.

—¡Oh! ya se entiende, agregó el amigo de Jiménez, que el triunfo ha sido completo.

—Cuéntenos usted, Enrique, sus impresiones.

—A condición de que sea... allí, dijo señalando la Alameda, en una banca aislada.

—¡Magnífico! así seremos todos oídos; vamos.

—Vamos.

Y los tres amigos se instalaron en una banca, eligiendo el lugar menos transitado.

—Pues, señor, prorrumpió Enrique, poniéndose la mano en la frente, y prestando los ojos como para concentrarse en sus ideas. ¡Estoy salvado!

—¿Cómo?

—Pongan ustedes atención: Al ser

presentado á Leonor, nos dimos la mano y... cuestión de magnetismo... era yo hombre al agua. Aquel apretón de mano afirmó de golpe todas mis resoluciones, y armado de la arrogancia de aquel que ha tenido valor para quemar sus naves, entré en materia, hablé con Leonor por la primera vez. Le dirigí algunas preguntas y... no van ustedes á creerlo, el timbre de la voz de aquella mujer me causó una impresión extraña; me parecía que la voz no salía de aquel cuerpo; sentía como si hubiera equivocado á la persona; no estaba, en fin, en consonancia la impresión que me había producido su figura con la impresión que me producía su voz. No era cuestión puramente acústica; la parte moral ó intelectual de sus respuestas encerraba un desencanto. Leonor es una mujer enteramente vulgar, es una elegante *cursi* en toda la acepción de la palabra. ¿Cuál piensan ustedes que fué el único tema de conversación que pudo animarla?

—El amor, dijeron á duo Jiménez y su amigo.

—No, señor; eso hubiera sido lo natural. No fué el amor, fué el juego.

—¡El juego!

—Sí, señores; Leonor es jugadora, es apunte. Me contó con un desplante digno de Martel, cómo hacía tres tardes se le habían hecho cinco chicas, y como en seguida había perdido una vaca de cincuenta pesos, con un desconocido que la enamoraba. Celebraba esta mujer con escandalosa ingenuidad cómo se había propuesto arruinar á aquel pretendiente que se empeñaba en correr su suerte. Confieso á ustedes que esto me hizo un efecto detestable; pero lo que acabó completamente con mis ilusiones fué lo segundo.

—¿Qué es lo segundo? preguntaron con interés Jiménez y su amigo.

—Lo segundo es esto; que Leonor es borracha.

—No, hombre.

—Palabra de honor. Había yo dejado de bailar con ella y la observaba desde el corredor. Se había puesto á cenar, y como se quitó los guantes que regularizaban las líneas de sus manos, y además cubrían la tez, la ví alargar una mano huesosa, trigueña é inculta, para devorar pasteles y beber copas.

Cuando la volví á ver en la sala, aquellos ojazos que me encantaron por algún tiempo, tenían esa mirada vaga y estúpida de la embriaguez; los párpados estaban ribeteados con una huella sanguinolenta. Ella fué quien me dirigió entonces la palabra... la palabra pastosa del borracho, las repeticiones innecesarias, y sobre todo la declaración final.

—Usted me ha de dispensar... porque no estoy precisamente trompeta, porque á mí no se me sube; que se lo diga á usted éste, agregó poniéndole la mano en el hombro á un joven; pero usted verá; nos hemos tomado dos botellas de Champagne entre tres, además de las

copas; sólo de cognac me he tomado seis; pero yo tengo muy buena cabeza; lo único que me sucede es que me arden los ojos como con el humo; pero nada más...

Aquí Leonor dejó escapar una risita idiota, y en su cuerpo pudo notarse una de esas oscilaciones involuntarias de los borrachos, cuando un exceso de gases amenaza la noción del equilibrio.

La hada, la creación poética de mi fantasía, la mujer que el prestigio irresistible de su hermosura parecía poner á sus pies con una mirada mi porvenir y mi existencia, se ha evaporado, no existe, no ha existido nunca. Por lo tanto soy libre, me vuelvo á Europa y doy á ustedes las gracias por habernos invitado al baile, porque hoy ya sé á qué atenerme respecto á las Machucas.

—Pues yo, dijo Jiménez, no soy tan escrupuloso como Enrique; según lo que

dije á ustedes, puse un poquito jalada á Gumesinda y nos arreglamos.

—A mí, dijo el amigo de Jiménez, la más chica de las Machucas me dió tres besos anoche y me quedó á deber otros tres.

Ya han pasado tres días del baile, y todavía la casa de doña Bartolita huele á cognac desde el zaguán. Las alfombras y el tapiz de algunos muebles quedaron inútiles para un segundo baile. El pobre del coronel no había cesado de pagar cuentas, que aumentadas con las de gastos imprevistos por roturas y destrozos, acabaron con el dinero contante. El coronel quedó endrogado.

Don Lucio, como se lo había dicho Saldaña, cargó con un gran canasto con botellas, latas, pasteles, queso y cuanto encontró digno de llamarle *frioleras* para sus criaturitas. Don Lucio, Saldaña y Lupe, y los niños, comieron juntos al día siguiente hasta reventar.

Las niñas de la Alberca Pane no se

refrescaron ese domingo; acariciaban el calor del baile para aprovecharlo todo. Habían bailado mucho con sus novios.

Finalmente, doña Bartolita, rendida de cansancio, avergonzada por la pérdida de los abrigos, por los escándalos dados en su casa, molesta por las habladurías de los vecinos y afligida por la ruina de su marido, exclamó con una elocuencia de que nunca se había sentido capaz:

—Mira, esposo mío, ¡primero y último! Es necesario ser como todas las gentes, egoísta, porque lo dice el refrán y nosotros debimos haberlo tomado en cuenta:

«BAILE Y COCHINO, EL DEL VECINO.»

FIN

ÍNDICE

PRÓLOGO.	v
CAPÍTULO I.—Preparativos del baile y del cochino.	1
» II.—De cómo se reclutaban parejas y se alistaba concurrencia.	20
» III.—De las Machucas y de otras parejas.	44
» IV.—De cómo entre otras cosas se preparaban para el baile del coronel las niñas de la Alberca Pane.	63
» V.—Que trata de lo que hizo con su virtud una señora invitada al baile de Saldaña.	88
» VI.—De cómo las apariencias de las niñas «cursis» suelen comprometer á resultados serios.	148
» VII.—Comienza el baile.	172
» VIII.—De cómo el color de las velas, en combinación con el cognac de cinco ceros y otros peores, suele hacer de un baile un pandemonium.	222
» IX.—Conclusión.	257